

SARAH J. MAAS

*La asesina
y la
curandera*



Una micronovela de
TRONO DE CRISTAL

Sinopsis.-

Conoce a la asesina: hermosa, desafiante, destinada a la grandeza. Celaena ~~Sardothien~~ ha desafiado a su maestro. Ahora ella debe pagar el precio. Su

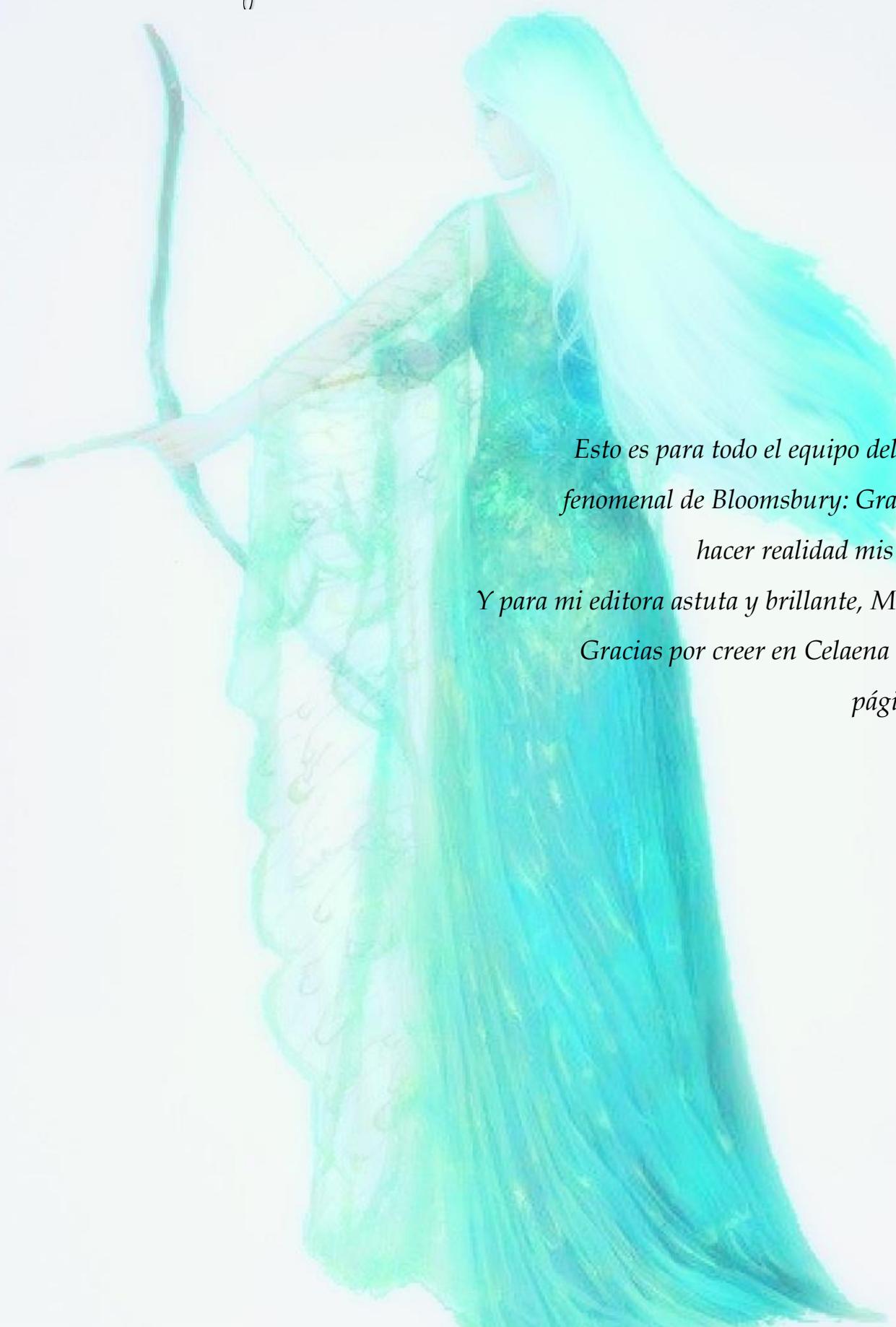
viaje al Desierto Rojo será arduo, pero puede

cambiar el destino de su maldito mundo para

siempre...

2

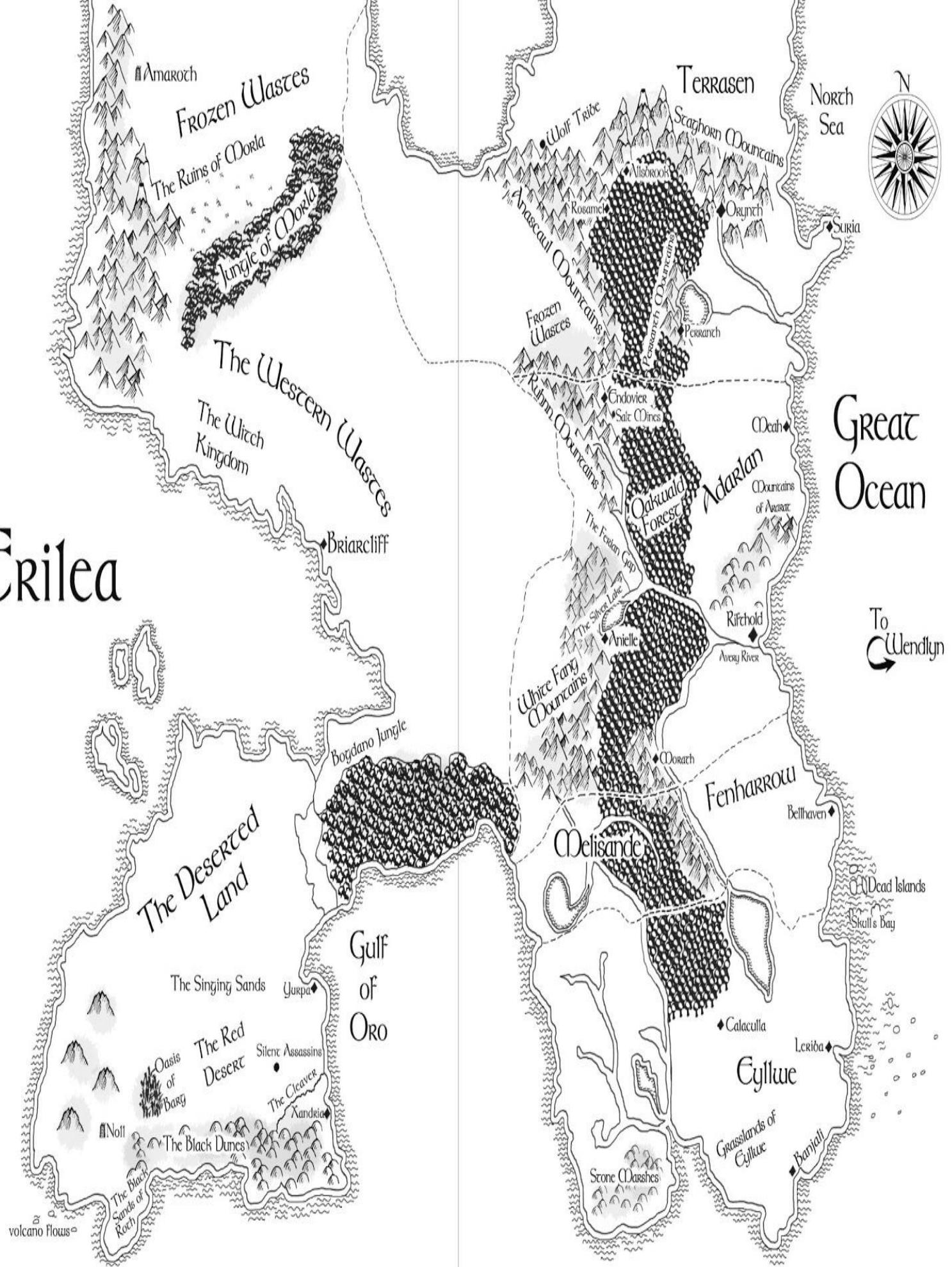
Trono de Cristal 0.2



*Esto es para todo el equipo del mundo
fenomenal de Bloomsbury: Gracias por
hacer realidad mis sueños.*

*Y para mi editora astuta y brillante, Margaret:
Gracias por creer en Celaena desde la* 
página uno.

Crilea



Capítulo 1

La extraña joven hace dos días se había estado alojando en el Hotel Cerdo Blanco y apenas habló con alguien, excepto Nolan, quien había tomado una mirada a su ropa de noche oscura y fina y se había inclinado hacia atrás para recibirla.

Le dio la mejor habitación del Cerdo -el cuarto que solo le ofrecía a los clientes que quisieran soledad- y no parecía en absoluto preocupado por la capucha pesada que la joven llevaba o el surtido de armas que brillaban a lo largo de su alta, delgada figura. No cuando ella le tiró una moneda de oro con un movimiento rápido de sus dedos enguantados. No cuando llevaba un broche de oro adornado con un rubí del tamaño de un huevo de petirrojo.

Por otra parte, Nolan nunca le tuvo realmente miedo a nadie, a menos que pareciera probablemente no le pagara -y aún entonces, eran la ira y la codicia las que ganaban, no el miedo.

Yrene Towers había estado vigilando a la joven desde la seguridad de la barra de la cantina. Viendo, aunque solo fuera porque era una joven extranjera y sola y sentada a la mesa trasera con tanta calma que era imposible *no* mirar. No preguntar.

Yrene no había visto su cara aún, aunque había cogido un vistazo cada hora y después una trenza dorada brillando desde las profundidades de su capucha negra. En cualquier otra ciudad, el Hotel Cerdo Blanco probablemente se consideraría lo más bajo en cuanto a lujo y limpieza. Pero aquí en Innish, una ciudad portuaria tan pequeña que no estaba en la mayoría de los mapas, se consideraba lo mejor.

Yrene miró la taza que estaba limpiando en el momento e intentó no hacer una mueca. Hacía todo lo posible para mantener el bar y la cantina limpia, para servir a los clientes del Cerdo -la mayoría de ellos marineros o comerciantes o mercenarios que a menudo pensaban que *ella* hacía las compras, así- con una sonrisa. Pero Nolan todavía seguía sirviendo vino aguado, todavía lavaba las sábanas cuando no se podía negar la presencia de los piojos y las pulgas, y que en ocasiones utilizaba cualquier carne que pudiera encontrar en el callejón como el estofado diario.

Yrene había estado trabajando allí desde hace un año -once meses más de los que había esperado- y el Cerdo Blanco todavía la asqueaba. Teniendo en cuenta que su estómago podía aguantar casi cualquier cosa (un hecho que le permitía que tanto Nolan como Jessa le demandaran a ella limpiar los desastres más repugnantes de los clientes), realmente significaba algo.

La forastera en la mesa trasera levantó su cabeza, señalando con un dedo enguantado a Yrene para que le llevara otra cerveza. Para alguien que no parecía mayor de veinte años, la joven bebía una cantidad impía -vino, cerveza, lo que sea que Nolan le hiciera oferta e Yrene le llevara más, pero nunca parecía abismarse. Era imposible decir aquello con esa capucha pesada, sin embargo. Esas dos noches pasadas había andado con simplemente andado con paso majestuoso de vuelta a su cuarto con una agilidad felina, no tropezando con ella como con la mayoría de los clientes a la salida luego de la última llamada.

Yrene rápidamente vertió cerveza en la taza que había secado y la puso en una bandeja, añadiendo un vaso de agua y un poco más de pan, ya que la muchacha no había tocado el guisado que le dieron para la comida. Ni una sola mordedura. Mujer inteligente.

Yrene caminó a través de la cantina embalada, esquivando las manos que trataron de agarrarla. A mitad de su viaje, llamó la atención de Nolan desde donde estaba sentado junto a la puerta. Un guiño alentador, la mayoría de su calva reluciente en la tenue luz. *Mantenga la bebida. Mantenga la compra.*

Yrene evitó rodar los ojos, aunque solo fuera porque Nolan era el único motivo por el que no estaba caminando por las calles empedradas con las otras jóvenes de Innish. Hace un año, el corpulento hombre le dejó convencerle de que necesitaba más ayuda en la taberna debajo de la posada. Por supuesto, él aceptó cuando comprendió que recibiría la mejor parte del trato.

Pero ella tenía dieciocho y estaba desesperada y con mucho gusto tomaría un trabajo que le ofrecía solo unas monedillas y una miserable pequeña cama en un armario bajo las escaleras. La mayoría de su dinero provenía de sugerencias, pero Nolan reclamó la mitad de ellas. Y entonces Jessa, la otra camarera, por lo general reclamaba dos tercios de lo que permanecía, porque, como decía a menudo Jessa, *ella era la cara bonita que conseguía que los hombres se desprendieran de su dinero, de todos modos.*

Un vistazo en un rincón reveló esa cara bonita y su cuerpo encaramado en el regazo de un marinero barbudo, riéndose y lanzando sus rizos marrones gruesos. Yrene suspiró a través de su nariz, pero no se quejó, porque Jessa era la favorita de Nolan, e Yrene no tenía donde – absolutamente ninguna parte- ir. Innish era su casa ahora, y el Cerdo Blanco su refugio. Fuera de él, el mundo era demasiado grande, demasiado lleno de sueños astillados y ejércitos que aplastaron y quemaron todo lo que Yrene había querido.

Yrene por fin alcanzó la mesa de la forastera y encontró a la joven mujer mirando hacia ella.

—Le traje un poco de agua y pan, también. —tartamudeó Yrene a modo de saludo. Puso abajo la cerveza, pero vaciló con los otros dos artículos en su bandeja.

La joven solo dijo:

—Gracias. —su voz era baja y cultivada. Educada. Y totalmente desinteresada en Yrene.

No es que hubiera algo interesante en ella, con vestido casero de lana haciendo poco por su figura muy delgada. Como la mayoría de las mujeres que provenían del sur de Fenharrow, Yrene tenía la piel de oro-bronceada y cabello castaño absolutamente ordinario y era de altura media. Solo sus ojos, un brillante dorado marrón, le daban motivo de orgullo. No es que mucha gente los viera. Yrene hacía su mejor esfuerzo por mantener los ojos abajo la mayor parte del tiempo, evitando cualquier invitación para la comunicación o el tipo equivocado de atención.

Por lo tanto, Yrene puso abajo el pan y agua y tomó la taza vacía de donde la muchacha la había empujado al centro de la mesa. Pero la curiosidad ganó, y ella miró hacia las negras profundidades bajo la capucha de la joven. Nada más que las sombras, un destello de cabello dorado y una pizca de pálida piel. Tenía tantas preguntas –tantas, tantas preguntas. *¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas? ¿Puedes utilizar todas las cuchillas que llevas?*

Nolan estaba viendo el encuentro completo, por lo que Yrene hizo una reverencia y anduvo de regreso al bar a través del campo de andar a tientas con las manos, los ojos bajos cuando ponía una sonrisa distante en su rostro.

Celaena Sardothien se sentó en su mesa en la Posada absolutamente sin valor, preguntándose cómo su vida se había ido al diablo tan rápidamente.

Odiaba Innish. Odiaba el hedor de la basura y suciedad. Odiaba el pesado manto de niebla que lo ocultaba día y noche, odiaba a los comerciantes de segunda categoría y a los mercenarios y a la gente miserable que vivía allí.

Aquí nadie sabía quién era, o por qué había venido; nadie sabía que la muchacha bajo la capucha era Celaena Sardothien, la más célebre asesina en el imperio de Adarlan. Pero de nuevo, no quería que los supieran. No

podían saberlo, en realidad. Y no quería que supieran que estaba a pocas semanas de cumplir diecisiete, tampoco.

Ella había estado aquí desde hace dos días -ya se encerrada en su despreciable habitación (una "suite", el posadero aceitoso tenía la valentía para llamarla así), o aquí abajo en la cantina apestosa a sudor, cerveza añeja y cuerpos sin lavar.

Se habría ido si tuviera alguna opción. Pero se vio obligada a estar allí, gracias a su maestro, Arobynn Hamel, Rey de los Asesinos. Siempre había estado orgullosa de su condición como heredera elegida -siempre lo ostentaba. Pero ahora... Este viaje era su castigo por destruir su atroz acuerdo de esclavos con el Señor de los Piratas de la Bahía del Cráneo. Así que, a menos que quisiera arriesgar el viaje difícil a través de la Selva Bodgano -el trozo salvaje de la tierra que tenía un puente sobre el continente a la Tierra Desierta- navegando a través del Golfo de Oro era el único camino posible. Lo que significaba que debía esperar aquí, en este basurero de taberna, una nave que la llevara a Yurpa.

Celaena suspiró y tomó un largo trago a su cerveza. Ella casi lo escupió. Asqueroso. Barato como barato debía ser, como el resto del lugar. Como el guisado que no había tocado. Cualquier carne que estuviera allí no era de ninguna criatura que valiera la pena comer. Pan y queso suave, entonces.

Celaena se recostó en su asiento, mirando a la camarera con el castaño cabello marrón y oro deslizándose a través del laberinto de mesas y sillas. La chica esquivó ágilmente a los hombres que la manoseaban, todo sin perturbar la bandeja que llevaba encima de su hombro a tientas. Que desperdicio de pies rápidos, buen equilibrio e inteligentes, impresionantes ojos. La chica no era tonta. Celaena había tomado nota de la forma en que miraba la sala y sus clientes -la forma que en miraba a la misma Celaena. ¿Qué infierno personal la había impulsado a trabajar aquí?

A Celaena particularmente no le importaba. Las preguntas debían ahuyentar generalmente el aburrimiento. Había devorado ya los tres libros

que se llevó con ella de Rifthold, y ninguna de las tiendas en Innish tenía un solo libro a la venta -solo especias, pescados, ropa pasada de moda y equipos náuticos. Para ser una ciudad portuaria, era patética. Pero el Reino de Melisande había caído en tiempos difíciles en los últimos ocho años y medio, puesto que el rey de Adarlan había conquistado el continente y el comercio lo redirigía a través de Eyllwe en vez de a los pocos puertos del este de Melisande.

Todo el mundo había caído en tiempos difíciles, al parecer. Celaena incluida.

Luchó contra el impulso de tocar su cara. La hinchazón de la paliza que Arobynn le había dado había bajado, pero aun había moretones. Ella evitó mirarse en el trozo de espejo encima de su vestidor, sabiendo lo que vería: el morado moteado y el azul y el amarillo a lo largo de sus pómulos, un ojo negro vicioso y un todavía labio partido curándose.

Era todo un recordatorio de lo que le había hecho Arobynn el día que regresó de la Bahía del Cráneo -prueba de cómo ella lo había traicionado para salvar a doscientos esclavos de un destino terrible. Le había hecho un poderoso enemigo al Señor de los Piratas, y estaba bastante seguro de que arruinó su relación con Arobynn, pero ella tenía razón. Valía la pena; siempre valdría la pena, se decía a sí misma.

Incluso si ella estaba tan enojada que no podía pensar con claridad. Incluso si hubiera entrado no en una, ni dos, pero sí tres luchas de bar en las dos semanas que había estado viajando de Rifthold al Desierto Rojo. Una de las peleas, al menos, había sido provocada legítimamente: un hombre la engañó en una partida de cartas. Pero las otras dos...

No podía negarlo: ella solo estuvo buscando una pelea. Sin cuchillos, sin armas. Solo los puños y los pies. Se suponía que Celaena debía sentirse mal por ellos -por las narices y mandíbulas rotas, sobre los montones de cuerpos inconscientes a su paso. Pero no lo hacía.

Ella no se atrevía a cuidarse, porque en esos momentos de pelea eran los pocos momentos en que se sentía como ella misma. Como se sentía

cuando era la mayor asesina de Adarlan, la heredera elegida de Arobynn Hamel.

Incluso si sus rivales estaban borrachos y combatientes sin entrenamiento; incluso si ella debía saberlo mejor.

La camarera llegó a la seguridad del mostrador y Celaena miró el cuarto. El posadero todavía la estaba viendo, como lo había hecho durante los últimos dos días, preguntándose cómo podía exprimirle más dinero de su bolso. Había varios otros hombres observándola, también. Reconocía a algunos desde la noche anterior, mientras que otros eran caras nuevas que evaluó rápidamente. ¿Era miedo o la suerte que los había mantenido alejados de ella hasta ahora?

No era ningún secreto el hecho de que llevaba dinero con ella. Y su ropa y armas hablaban de volúmenes sobre su riqueza, también. El broche de rubí que llevaba prácticamente rogaba por problemas -lo usaba para *invitar* a los problemas, en realidad. Fue un regalo de Arobynn en su decimosexto cumpleaños; era de *esperar* que alguien tratara de robarlo. Si eran lo suficientemente buenos, ella podría dejarlos. Así que era solo cuestión de tiempo, realmente, antes de que alguien tratara de robarle.

Y antes de que ella decidiera que estaba cansada de luchar solamente con los puños y los pies. Miró la espada a su lado; destellando en la luz húmeda de la taberna.

Pero ella estaría yéndose al amanecer -para navegar hacia la Tierra Desierta, donde haría el viaje hacia el Desierto Rojo para encontrar al Maestro Mudo de los Asesinos, con quien se debía entrenar durante un mes como castigo adicional por su traición a Arobynn. Si era honesta consigo misma, sin embargo, había empezado la entretenida idea de *no* ir al Desierto Rojo.

Era muy tentador. Ella podía tomar un barco a otra parte -al continente del sur, tal vez- y empezar una nueva vida. Ella podría dejar atrás a Arobynn, al Gremio de Asesinos, la ciudad de Rifthold y el maldito imperio de Adarlan. Había poco que la detenía, salvo por la sensación de

que Arobynn la cazaría sin importar cuán lejos se fuera. Y el hecho de que Sam... bueno, no sabía lo que le había pasado a su compañero asesino esa noche en que el mundo se fue al infierno. Pero lo atractivo de lo desconocido se mantenía, la rabia salvaje que le rogaba echar fuera el último de los grilletes de Arobynn y navegar a un lugar donde pudiera establecer su *propio* Gremio de los Asesinos. Sería así, tan fácil.

Pero incluso si ella decidía no tomar el barco a Yurpa mañana y en cambio tomaba uno con destino al continente del sur, todavía le quedaba otra noche en esta posada horrible. Otra noche sin dormir donde solo podía escuchar el rugido de ira en su sangre que azotaba dentro de ella.

Su fuera inteligente, si estuviera equilibrada, evitaría cualquier confrontación esta noche y abandonaría Innish en paz, sin importar donde fuera.

Pero ella no se sentí particularmente inteligente, o sensata – ciertamente no una vez que las horas pasaran y el aire en la posada cambiara a una cosa hambrienta, salvaje que aullaba por sangre.

Capítulo 2

Yrene no sabía cómo ni cuándo sucedió, pero el ambiente en el Cerdo Blanco cambió. Era como si todos los hombres reunidos estuvieran esperando algo. La chica en la parte trasera aún estaba en su mesa, todavía pensando. Pero sus dedos enguantados estaban dando toques en la superficie marcada de madera, y de vez en cuando movía su cabeza encapuchada para ver alrededor de la habitación.

Yrene no se podía haber ido aunque quisiera. La última llamada era para otros cuarenta minutos y tendría que permanecer una hora después de limpiar y acompañar a los clientes embriagados fuera de la puerta. No le importa dónde fueran una vez que pasaran el umbral -no le importaba si terminaban boca abajo en una zanja acuosa- siempre y cuando salieran de la cantina. Y se quedaran fuera.

13

Nolan había desaparecido hace unos momentos, ya sea para salvar su propio pellejo o hacer algunos negocios oscuros en el callejón, y Jessa todavía estaba en el regazo del marinero, coqueteando lejos, inconsciente del cambio en el aire.

Yrene miraba a la chica con capucha. Al igual que muchos clientes de la taberna. ¿Estaban esperando a que se levantara? Había algunos ladrones que ella reconoció -ladrones que habían estado rondando como buitres en los últimos dos días, intentando averiguar si la chica extraña podía utilizar las armas que llevaba. Era de dominio público que salía mañana al amanecer. Si querían su dinero, joyas, armas, o algo mucho más oscuro, esta noche sería su última oportunidad.

Yrene mordió su labio cuando sirvió una ronda de cervezas para la mesa de cuatro mercenarios que jugaban Reyes. Debería advertirle a la muchacha -decirle que mejor se escondiera en su nave ahora, antes de que terminara degollada.

Pero Nolan lanzaría a Yrene a las calles si supiera que le había advertido. Sobre todo cuando muchos de los mercenarios eran clientes amados que a menudo compartían sus beneficios mal adquiridos con él. Y no tenía ninguna duda de que enviaría a esos mismos hombres detrás de ella si lo traicionaba. ¿Cómo se había hecho tan cercana a esta gente? ¿Desde cuándo Nolan y el Cerdo Blanco se convirtieron en un lugar y posición que tan desesperadamente quería mantener?

Yrene tragó duro, vertiendo otra taza de cerveza. Su madre no habría dudado en advertir a la chica.

Pero su madre había sido una buena mujer -una mujer que nunca vaciló, que nunca se apartó de un enfermo o herido, no importaba cuán pobre fuera, de la puerta de su casa en el sur de Fenharrow.

Como una curandera prodigiosamente dotada con no poco de la magia, su madre siempre había dicho que no estaba bien cobrarle a la gente por lo que le había dado gratuitamente Silba, la Diosa de la Curación. Y la única vez que ella había visto fracasar a su madre fue el día en que los soldados de Adarlan rodearon su casa, armados hasta los dientes y con antorchas y madera. 14

No se molestaron en escuchar cuando su madre explicó que su poder, como el de Yrene, había ya desaparecido meses antes, junto con el resto de la magia en la tierra -abandonados por los dioses, había reclamado su madre.

No, los soldados no habían escuchado nada. Y tampoco ninguno de esos dioses las ayudaron cuando su madre e Yrene suplicaron por salvación.

Fue la primera -y única- vez que su madre tomó una vida.

Yrene todavía podía ver el brillo de la daga oculta en la mano de su madre, todavía sentía la sangre de ese soldado en sus pies desnudos, oía a su madre gritándole que *corriera*, oliendo el humo de la hoguera cuando

quemaron viva a su madre dotada mientras Yrene lloraba desde la seguridad cercana al Bosque Oakwald.

De su madre Yrene había heredado su estómago de hierro –pero nunca había creído que aquellos nervios sólidos terminarían teniéndola aquí, reclamando este tugurio como su hogar.

Yrene estaba tan perdida en su pensamiento y el recuerdo que no notó al hombre hasta que una amplia mano fue envuelta alrededor de su cintura.

— Necesitamos una cara bonita en esta mesa — dijo, sonriéndole con una sonrisa de lobo. Yrene dio un paso atrás, pero él la sostuvo firme, tratando de tirarla a su regazo.

— Tengo trabajo que hacer — dijo tan suave como sea posible. Ella misma se había desenredado de situaciones como esas antes – innumerables veces. Había dejado de asustarla hace mucho.

— Vas a trabajar conmigo — dijo otro de los mercenarios, un hombre alto, con un cuchillo de aspecto usado atado en la espalda. Tranquilamente, abrió los dedos del primer mercenario en su cintura.

— La última llamada es en cuarenta minutos — dijo agradablemente, retrocediendo –tratando de ni irritar a los hombres que le sonreían abiertamente a ella como perros salvajes—. ¿Les puedo conseguir algo más?

— ¿Qué haces después? — dijo otro.

— Volver a casa con mi marido — mintió. Pero miraron el anillo en su dedo –el anillo que ahora pasó a ser un anillo de bodas. Había pertenecido a su madre, y a la madre de su madre y a todas las grandes mujeres antes que ella, todas esas curanderas brillantes, todas muertas desde que tenía memoria.

Los hombres fruncieron el ceño y tomando eso como una señal para irse, Yrene se apresuró a regresar a la barra. Ella no advirtió a la chica –no

la vio hacer el viaje a través de la demasiado grande taberna, con todos esos hombres esperando como lobos.

Cuarenta minutos. Otros cuarenta minutos hasta que pudiera descansar de todos.

Y pudiera limpiarse y caer en la cama, un día más acabando en este infierno que de alguna manera se había convertido en su futuro.

•

Honestamente, Celaena se sentía un poco insultado cuando ninguno de los hombres en la cantina se abalanzó hacia ella, a su dinero, su broche de rubí, o sus armas cuando anduvo a paso majestuoso entre las mesas. La campana acababa de sonar para la última llamada, y aunque no estaba cansada en absoluto, había tenido suficiente de esperar una pelea o una conversación o cualquier cosa para ocupar su tiempo.

Supuso que podría volver a su cuarto y releer uno de los libros que había traído. Cuando merodeó por delante de la barra, tirando una moneda de plata a la muchacha de pelo oscuro que servía, debatió sobre la conveniencia de salir a la calle y ver qué aventura encontraba.

16

Imprudente y estúpida, diría Sam. Pero Sam no estaba aquí, y no sabía si estaba muerto o vivo o golpeado hasta perder el sentido por Arobynn. Era una apuesta segura que Sam había sido castigado por el papel que jugó en la liberación de esclavos en la Bahía del Cráneo.

Ella no quería pensar en es. Sam se había convertido en su amigo, suponía. Nunca había tenido el lujo de amigos, y no quería ninguno. Pero Sam había sido un bien competidor, incluso si él no dudaba en decir exactamente lo que pensaba de ella, o sus planes, o sus habilidades.

¿Qué pensaría él sí solo navegaba hacia lo desconocido y nunca cruzaba el Desierto Rojo o ni siquiera volvía a Rifthold? Podría celebrarlo –sobre todo di Arobynn lo designaba como *su* heredero. O le podía cazar, tal vez. Le había sugerido que trataran de escaparse cuando estaban en la Bahía del Cráneo, realmente. Por lo tanto, una vez que se asentara en un

lugar, una vez que ella se hubiera establecido una nueva vida como una mejor asesina en cualquier tierra que hiciera su casa, podría pedirle que se uniera a ella. Y ellos nunca se golpearían y humillarían otra vez. Una idea tan tranquila, acogedora, una tentación.

Celaena caminaba por las estrechas escaleras, escuchando por cualquier ladrón o asesinos que pudieran estar esperando. Para su decepción, el pasillo de arriba era oscuro y tranquilo -y vacío.

Suspirando, cayó en su habitación y cerró la puerta. Después de un momento, empujó el tocador antiguo delante de ella, también. No por su propia seguridad. Oh, no. Era por la seguridad de cualquier idiota que tratara de forzar la entrada -y entonces se encontraría separado del ombligo a la nariz solo para satisfacer el aburrimiento de una asesina errante.

Pero después de marcar el paso durante quince minutos, empujó a un lado los muebles y se fue. Buscando una pelea. Para una aventura. Para distraerse de las contusiones en su cara y el castigo que Arobynn le había dado y la tentación de eludir sus obligaciones y en cambio navegar a una tierra lejos, muy lejos.

17

Yrene arrastró el último de los cubos de basura en el callejón neblinoso detrás del Cerdo Blanco, la espalda y los brazos doloridos. Hay había sido más largo que la mayoría.

No había habido una pelea, gracias los dioses, pero Yrene todavía no podía sacudir sus nervios y esa sensación de que algo *venía*. Pero ella estaba contenta -tan, tan contenta- de que no hubiera una pelea en el Cerdo. La última cosa que quería hacer era pasar el resto de la noche limpiando la sangre y vómito en el piso y tirando muebles rotos en el callejón. Después de que hubiera hecho sonar la campana de última llamada, los hombres habían finalizado sus bebidas, refunfuñando y riendo, y se dispersaron con poco o ningún acoso.

Como era de esperar, Jessa había desaparecido con su marinero, y dado que el callejón estaba vacío, Yrene solo podría asumir que la joven se había ido a otro lado con él. Dejándola a ella, una vez más, limpiando.

Yrene hizo una pausa cuando vertió la basura asquerosa en un montón a lo largo de la pared. No era mucho: pan y guiso que se iría antes de la mañana, agarrados rápidamente por los pilluelos medio salvajes que vagaban por las calles.

¿Qué diría su madre si sabía que pasó con su hija?

Yrene había sido solo de once años cuando aquellos soldados quemaron a su madre por su magia. Durante los primeros seis años y medio después de los horrores de aquel día, había vivido con la primera de su madre en otra localidad de Fenharrow, pretendiendo ser una pariente lejana absolutamente sin su don. No era un disfraz duro de mantener: sus poderes verdaderamente habían desaparecido. Pero en esos días el miedo había corrido desenfrenado, y vecino se había vuelto contra vecino, a menudo vendiendo a alguien anteriormente dotado de poderes de los dioses a cualquier legión del ejército que estuviera más cerca. Afortunadamente, nadie había cuestionado la presencia pequeña de Yrene; y en estos largos años, nadie la miró mientras ayudaba a luchar a una familia granjera a volver a la normalidad como consecuencia de las fuerzas de Adarlan.

Pero ella quería ser una sanadora -como su madre y su abuela. Había comenzado siendo a su madre tan pronto como pudo hablar, aprendiendo poco a poco, como todos los curanderos tradicionales lo hicieron. Y esos años en la granja, a pesar de ser pacíficas (sí tediosa y aburrida), no habían sido suficientes para hacerla olvidar once años de formación, o las ganas de seguir los pasos de su madre. No había sido cercana a sus primos, a pesar de su caridad, y ninguna de las partes realmente había intentado salvar la brecha causada por la distancia y el miedo y la guerra. Así que nadie objetó cuando ella tomó el dinero que tenía ahorrado y dejó la granja unos meses antes de su decimooctavo cumpleaños.

Había salido para Antica, una ciudad de aprendizaje en el sur del continente -un reino intocado por Adarlan y la guerra, donde el rumor afirmaba la existencia de la magia, todavía. Ella había viajado a pie desde Fenharrow, a través de las montañas de Melisande, a través de Oakwald, finalmente terminando en Innish -donde el rumor también afirmaba que uno podría encontrar un barco al continente sur, a Antica. Y fue precisamente ahí donde quedaría sin dinero.

Fue por eso que tomó el trabajo en el Cerdo. En primer lugar, solo había sido temporal, para ganar lo suficiente para pagar el pasaje a Antica. Pero luego se preocupó de que no tendría dinero cuando ella legara, y luego no tendría dinero para pagar sus estudios en la Torre Cesme, la academia de sanadores y médicos. Por lo que se había quedado, y semanas se convirtieron en meses. De alguna manera el sueño de navegar lejos, de asistir a la Torre, había sido dejado de lado. Especialmente cuando Nolan aumentó el alquiler de su habitación y el costo de la comida y encontró maneras de reducir su salario. Especialmente cuando el estómago de sanador de ella le permitía soportar las humillaciones y las tinieblas de este lugar.

Yrene suspiró a través de su nariz. Así que aquí estaba. Una camarera en un pueblo atrasada con apenas dos monedas a su nombre y sin futuro a la vista.

Hubo un crujido de botas en la piedra, e Yrene miró por el callejón. Si Nolan cogía a los pilluelos comiendo su comida -sin embargo añeja y rancia- le echaría la culpa. Diría que no era una obra de caridad y tomaría el costo de su suelo. Lo había hecho una vez antes, y había tenido que perseguir a los pilluelos y reprenderlos, haciéndoles entender que tenían que esperar hasta la mitad de la noche para obtener los alimentos que pusiera afuera.

—Les dije que esperaran hasta que sea pasada... —comenzó, pero hizo una pausa cuando cuatro figuras caminaron a través de la niebla.

Hombres. Los mercenarios de antes.

Yrene estaba avanzando por la puerta abierta en un santiamén, pero eran rápidos -más rápidos.

Uno bloqueó la puerta mientras otro apareció detrás de ella, agarrándola firmemente y tirándola contra su cuerpo enorme.

—Grita y te cortaremos la garganta —susurró en su oído, su aliento caliente y pestilente a cerveza—. Vimos que hiciste algunas cosas jugosas esta noche, muchacha. ¿Dónde están ahora?

Yrene no sabía lo que habría hecho después: luchar o llorar, rogar o en realidad tratar de gritar. Pero ella no tenía que decidirlo.

El hombre más alejado de ellos fue tirado a la niebla con un grito estrangulado.

El mercenario sosteniéndola giró hacia él, arrastrando a Yrene. Hubo un movimiento de ropa, luego un ruido sordo. Luego, el silencio.

—¿Ven? —llamó el hombre bloqueando la puerta.

Nada.

El tercer mercenario -se interponía entre la niebla e Yrene- sacó su espada corta. Yrene no tuvo tiempo de gritar de la sorpresa o advertencia cuando una oscura figura se deslizó de la niebla y le agarró. No por delante, pero de lado, como si hubiera *aparecido* de la nada.

El mercenario lanzó a Yrene al suelo y sacó la espada desde su espalda, una hoja ancha y de aspecto perverso. Pero su compañero no gritó siquiera. Más silencio.

—Vamos, maldito cobarde —gruñó el cabecilla—. Enfréntanos como un verdadero hombre.

Una risa suave, baja.

La sangre de Yrene se puso fría. Silba, protégela.

Ella conocía esa risa -conocía la voz fresca, cultivada que iba con ella.

— ¿Así como ustedes son verdaderos hombres que rodearon a una chica indefensa en un callejón?

Con eso, el desconocido caminó por la niebla. Ella tenía dos dagas largas en sus manos. Y ambas hojas eran oscuras con la sangre que goteaba.

Capítulo 3

Dioses. Oh, dioses.

El aliento de Yrene salió más rápidamente cuando la muchacha se acercó a los dos atacantes restantes. El primer mercenario ladró una carcajada, pero el que estaba en la puerta tenía los ojos muy abiertos. Yrene con cuidado, mucho cuidado, retrocedió.

— ¿Tú mataste a mis hombres? — dijo el mercenario, sosteniendo la espada.

La joven volteó una de sus dagas en una nueva posición. El tipo de posición que Yrene pensó permitiría fácilmente que la hoja fuera directamente a través de las costillas y el corazón.

— Digamos que sus hombres consiguieron lo que merecían.

El mercenario se lanzó, pero la chica lo estaba esperando. Yrene sabía que debería correr —correr y correr y no mirar hacia atrás— pero la muchacha solo estaba armada con dos dagas, y el mercenario era enorme y—

Se acabó antes de que realmente comenzara. El mercenario lanzó dos golpes, ambos reuniéndose con esas dagas de aspecto siniestro. Y entonces ella lo dejó fuera de combate con un golpe rápido en la cabeza. Tan rápida —terriblemente rápida y elegante. Un espectro moviéndose a través de la niebla.

Desapareció en la niebla y fuera de la vista, e Yrene no escuchó demasiado cuando la muchacha siguió donde había caído.

Yrene giró la cabeza hacia el mercenario en la puerta, preparándose para gritar una advertencia a su salvador. Pero el hombre ya estaba corriendo por el callejón tan rápido como sus pies se lo permitían.

Yrene tenía casi decidido a hacer eso cuando la desconocida salió de la niebla, sus hojas limpias pero todavía fuera. Todavía lista.

—Por favor no me mates —susurró Yrene. Estaba dispuesta para rogar, para ofrecer todo a cambio de su inútil, desperdiciada vida.

Pero la joven se rio bajó su aliento y dijo:

—¿Cuál habrá sido el punto de salvarte, entonces?

•

Celaena no había pensado salvar a la camarera.

Fue pura suerte de que hubiera visto a los cuatro mercenarios arrastrándose por las calles, pura suerte que parecieran tan ansiosos por problemas. Los había cazado en ese callejón, donde los encontró listos para hacer daño a esa muchacha de modos imperdonables.

La lucha terminó demasiado rápido para ser realmente agradable, o ser un bálsamo para su temperamento. Si ni siquiera se podría llamar pelea.

El cuarto había logrado escapar, pero no tenía ganas de perseguirle, no gracias a la sirviente que estaba de pie delante de ella, temblando de pies a cabeza. Celaena tenía la sensación de que lanzar una daga tras el hombre corriendo solo haría que la chica empezara a gritar. O se desmayaría. Lo cual... complicaría las cosas.

Pero la chica no gritó o se desmayó. Solo señaló con un dedo tembloroso al brazo de Celaena.

—Estás... estás sangrando.

Celaena frunció el ceño hacia el pequeño punto brillante en su bíceps.

—Supongo que lo estoy.

Un error por descuido. El grosor de su túnica había hecho que no fuera una herida molesta, pero lo tendría que limpiar. Se curaría en una

semana o menos. Giró de nuevo a la calle, para ver qué más podía encontrar para divertirse, pero la chica volvió a hablar.

— Yo... yo podría curarlo por ti.

Ella quiso sacudir a la chica. Sacudirla por unas diez razones distintas. La primera y más grande, era porque ella estaba temblando, asustada y había sido totalmente inútil. La segunda era por ser tan estúpida como para *estar* en ese callejón en medio de la noche. No tenía ganas de pensar en todas las otras razones —no cuando ya estaba bastante enojada.

— Puedo curarme muy bien —dijo Celaena, dirigiéndose hacia la puerta que conducía a las cocinas del Cerdo Blanco. Días atrás, había espiado la posada y los edificios circundantes y ahora podría andar por ellos con los ojos vendados.

— Silba sabe lo que estaba en esa lámina —dijo la muchacha, y Celaena hizo una pausa. Invocando a la Diosa de la Curación. Muy poco hacían eso en estos días —a menos que fueran...—. Yo... mi madre era una sanadora, y ella me enseñó algunas cosas —tartamudeó la chica—. Podría... podría... Por favor, déjame pagar la deuda.

— No me deberías nada si hubieras utilizado algo de sentido común.

La chica se estremeció como si Celaena la hubiera golpeado. Solo la enojó aún más. Todo la enojaba —esta ciudad, este reino, este mundo maldito.

— Lo siento —dijo suavemente la chica.

— ¿Para qué me pides perdón a mí? ¿Por qué pides perdón en absoluto? Esos hombres te estaban buscando. Pero deberías haber sido más inteligente en una noche como esta —cuando yo apostaría tomo mi dinero a que podría probar la agresión en esta maldita cantina sucia.

No era culpa de la chica, se tenía que recordar a sí misma. No era su culpa por todo lo que no sabía cómo luchar.

La chica puso su rostro entre las manos, los hombros curvándose hacia dentro. Celaena contó los segundos hasta que la muchacha irrumpiera en sollozos, hasta que se derrumbara.

Pero las lágrimas no salieron. La chica tomó unas cuantas respiraciones profundas, entonces bajó sus manos.

— Déjame limpiar tu brazo — dijo en una voz que era... diferente, de alguna manera. Más fuerte, más clara —. O terminarás perdida.

Y el cambio ligero en la muchacha fue bastante interesante que Celaena la siguió dentro.

No se molestó por los tres cuerpos en el callejón. Tenía un sentimiento de que nadie aparte de las ratas y la carroña se preocuparían por ellos en esta ciudad.

Capítulo 4

Yrene llevó a la chica a su habitación debajo de las escaleras, porque medio temía que el mercenario que se había escapado las esperara arriba. E Yrene no quería ver más enfrentamientos o matanza o sangre, su estómago fuera fuerte o no.

Sin mencionar que también medio temía encerrarse con llave en la habitación con la forastera.

Dejó a la chica sentada en su cama hundida y fue a buscar dos tazones de agua y algunas vendas limpias -suministros que se descontaría de su sueldo cuando Nolan comprendiera que no estaban. No importaba, sin embargo. Esto era lo menos que podía hacer.

Cuando Yrene volvió, casi dejó caer los tazones que echaban vapor. La muchacha se había quitado su capucha y capa y túnica.

Yrene no sabía qué comentar en primer lugar:

Que la chica era joven -tal vez dos o tres años más joven que Yrene- pero se veía vieja.

Que la chica era hermosa, de cabellos dorados y ojos azules que brillaban en la luz de las velas.

O que la cara de la chica habría sido aún más bella si no hubiera sido cubierta con un mosaico de moretones. Tan horribles moretones, incluyendo un ojo morado que sin duda había estado hinchadamente cerrado en algún momento.

La muchacha estaba mirándola, tranquila y quiera como un gato.

No era el lugar de Yrene para hacer preguntas. Sobre todo no cuando cuándo esta muchacha había terminado con tres mercenarios en cuestión de segundos. Aunque los dioses la habían abandonado, Yrene

26

todavía creía en ellos; estaban todavía en algún lugar, observando. Ella lo creía, porque si no, ¿cómo podría explicar que había sido salvada ahora mismo? Y la idea de estar sola –verdaderamente sola– era demasiado para soportar, aun cuando gran parte de su vida había estado perdida.

El agua salpicó en los tazones cuando Yrene los dejó en la diminuta mesa al lado de su cama, tratando de impedir a sus manos temblar demasiado.

La chica no dijo nada mientras Yrene inspeccionaba el corte en su bíceps. Su brazo era delgado, pero duro como una roca en el músculo. La chica tenía cicatrices en todas partes –pequeñas, grandes. Ella no ofreció ninguna explicación por ella, y a Yrene le pareció que la muchacha llevaba sus cicatrices de la manera en que algunas mujeres llevaban su joyería más fina.

La desconocida no podía ser mayores de diecisiete o dieciocho años, pero... pero Adarlan había hecho que todos crecieran rápidamente. Demasiado rápido.

27

Yrene empezó a lavar la herida, y la muchacha silbó suavemente.

—Lo siento —dijo Yrene rápidamente—. Puse unas hierbas ahí como un antiséptico. Debería haberte advertido —Yrene mantenía un alijo de ellas a su lado en todo momento, junto con otras hierbas sobre las cuales su madre le había enseñado. Por si acaso. Ahora mismo, Yrene no podía darle la espalda a un mendigo enfermo en la calle y a menudo caminaba hacia el sonido de la tos.

—Créeme, he pasado por cosas peores.

—Lo hago —dijo Yrene—. Te creo, quiero decir —aquellas cicatrices y su cara destrozada hablaba volúmenes de ello. Y eso explicaba la capucha. Pero ¿eso era vanidad o su instinto de conservación que la obligó a llevarlo? —. ¿Cuál es tu nombre?

—No es de tu incumbencia, y no importa.

Yrene mordió su lengua. Por supuesto que no era su negocio. La chica no le había dado un nombre a Nolan, tampoco. Así que viajaba por un asunto secreto, entonces.

— Mi nombre es Yrene — ofreció ella —. Yrene Towers.

Una cabezada distante. Por supuesto, a la chica no le importaba, tampoco.

A continuación, la forastera dijo:

— ¿Eres la hija de un curandero en este pedazo de ciudad de mierda?

Ninguna bondad, ninguna compasión. Solo contundente, si no casi aburrida, curiosidad

— Estaba en mi camino a Antica para unirme a la academia de curanderos y me quedé sin dinero — bañó el trapo en el agua, lo retorció y continuó limpiando la herida superficial —. Tengo que trabajar aquí para pagar el pasaje sobre el océano y... Bien, nunca me fui. Adivino que la permanencia aquí se hizo... más fácil. Más simple.

Un bufido.

— ¿Este lugar? Es ciertamente más simple, ¿pero más fácil? Creo que prefiero pasar hambre en las calles de Antica a vivir aquí.

La cara de Yrene se calentó.

— Es... yo... — no tenía una excusa.

Los ojos de la muchacha destellaron a los suyos. Ellos estaban rodeados de oro — impresionante. A pesar de las contusiones, la chica era muy atractiva. Como el fuego incontrolable o una tormenta de verano arrasando en el Golfo de Oro.

— Déjame darte un consejo — dijo la chica amargamente —, de una prostituta a otra: la vida no es fácil, sin importar el lugar en el que te encuentres. Podrás tomar las decisiones que crees que son correctas y luego sufrir por ellas — esos notables ojos temblaron —. Así que, si vas a ser

infeliz, podrías ir también a Antica y ser miserable a la sombra de la Torre Cesme.

Educada y posiblemente bien viajada, entonces, si la muchacha conocía la academia de los curanderos por nombre -y ella lo pronunciaba perfectamente.

Yrene se encogió de hombros, sin atreverse a expresar sus decenas de preguntas. En cambio, dijo:

—No tengo dinero para ir ahora, de todos modos.

Salió más agudo de lo que quiso -más cortante que inteligente, teniendo en cuenta que esta chica era letal. Yrene no trató de adivinar qué clase de trabajo podría tener -mercenaria era casi tan oscuro como podía imaginar.

—Entonces roba el dinero y vete. Tu jefe merece tener su bolso ligero.

Yrene se echó hacia atrás.

—No soy una ladrona.

Una sonrisa maliciosa.

—Si quieres algo, tómalo.

Esta chica era *como* un reguero de pólvora -*era* un reguero de pólvora. Era mortal e incontrolable. Y ligeramente ingeniosa.

—Más que suficientes personas creen eso en estos días —aventuró a decir Yrene. Como Adarlan. Como esos mercenarios—. No tengo la necesidad de ser una de ellas.

La sonrisa de la chica se desvaneció.

—¿Así que más bien prefieres pudrirte lejos de aquí con una conciencia limpia?

Yrene no tenía una respuesta, no dijo nada mientras ponía abajo el trapo y la taza y sacaba una pequeña lata de bálsamo. Lo guardaba para sí,

para los cortes y raspaduras que obtenía al trabajar, pero este corte era lo suficientemente pequeño como para que ella pudiera prescindir un poco de él. Tan suavemente como pudo, lo untó en la herida. La muchacha no se estremeció esta vez.

Después de un momento, la chica preguntó:

— ¿Cuándo perdiste a tu madre?

— Más de ocho años atrás — Yrene mantuvo su atención en la herida.

— Ese fue un duro momento para ser una curandera dotada en este continente, especialmente en Fenharrow. El Rey de Adarlan no dejó mucho de su pueblo —o familia real— con vida.

Yrene miró hacia arriba. La pólvora en los ojos de la chica se convirtió en una llama azul abrasadora. *Tanta ira*, pensó con un escalofrío. *Tanta ira latente*. ¿Qué había ocurrido con ella para hacer su mirada así?

No le preguntó, por supuesto. Y no le preguntó a la mujer joven 30 cómo sabía de dónde era. Yrene entendió que su piel de oro y pelo castaño eran probablemente suficiente para marcarla como ser de Fenharrow, si su acento leve no la entregaba.

— Si pudieras ir a la Torre Cesme —dijo la muchacha, su ira cambiando como si la hubiera empujado hacia abajo en lo profundo dentro de ella—, ¿qué harías después?

Yrene cogió una de las vendas frescas y comenzó a envolverla alrededor del brazo de la muchacha. Ella había soñado durante años, contemplando un millar de futuros diferentes mientras lavaba las tazas sucias y barría las plantas.

— Me gustaría volver. No a aquí, quiero decir, pero al continente. Volver a Fenharrow. Hay una... una gran cantidad de personas que necesitan buenos curanderos en estos días.

Ella dijo la última parte en voz baja. Por lo que sabía, la niña podría apoyar al Rey de Adarlan —podría denunciarla a la pequeña guardia de la

ciudad por solo hablar mal del rey. Yrene lo había visto suceder antes, demasiadas veces.

Pero la chica miró hacia la puerta con su tornillo improvisado que Yrene había construido, en el armario que ella llamó su dormitorio, en la capa raída que cubría la silla -medio podrida contra la pared opuesta, y finalmente a ella. Le dio una oportunidad a Yrene para que estudiara su rostro. Al ver la facilidad con que había derrotado a esos mercenarios, quienquiera que hubiera perjudicado su ser debía ser temible.

— ¿Realmente vas a volver a ese continente -a ese imperio?

Había tanta sorpresa tranquila en su voz que Yrene la miró a los ojos.

— Es lo que hay que hacer — fue todo lo que Yrene podía pensar en decir.

La chica no contestó, e Yrene continuó envolviendo su brazo. Cuando terminó, la muchacha se encogió de hombros en su camisa y túnica, probó su brazo y se levantó. En el pequeño dormitorio, Yrene se sintió mucho más pequeña que la desconocida, incluso si solo había diferencia de escasos centímetros entre ellas.

La muchacha recogió su capa pero no se la puso cuando ella dio un paso hacia la puerta cerrada.

— Yo podría encontrar algo para tu cara — habló Yrene sin controlarse.

La muchacha hizo una pausa con una mano en el pomo de la puerta y miró sobre su hombro.

— Se suponen que estos deben ser un recordatorio.

— ¿Para qué? ¿O -a quién? — ella no debería curiosear, no debería haber preguntado incluso.

Ella sonrió amargamente.

— Para mí.

Yrene pensó en las cicatrices que había visto en su cuerpo y se preguntó si eran todos recordatorios, también.

La joven volvió a la puerta, pero se detuvo de nuevo.

—Si te quedas, o vas a Antica y asistes a la Torre Cesme y vuelves para salvar el mundo —meditó—, probablemente deberías aprender una o dos cosas acerca de defenderte.

Yrene observó las dagas en la cintura de la muchacha, la espada que ni siquiera había tenido que sacar. Las joyas incrustadas en la empuñadura —verdaderas joyas— destellaron en la luz de la vela. La muchacha tenía que ser fabulosamente rica, más rica de lo que Yrene podría concebir alguna vez ser.

—No puedo pagar las armas.

La niña resolló una risa.

—Si aprendes estas maniobras, no las necesitarás.

32

•

Celaena tomó a la camarera en el callejón, aunque solo porque no quería despertar a los otros huéspedes y tener otra pelea. Realmente no sabía por qué se había ofrecido a enseñarle a defenderse a sí misma. La última vez que había ayudado a alguien, acababa de salir del castigo de la paliza. Literalmente.

Pero la camarera —Yrene— había sido tan sincera cuando habló de ayudar a la gente. Sobre ser una curandera.

La Torre Cesme —cualquier curandero se apreciaba sabía acerca de la Academia en Antica donde los mejores y más brillantes, no importaba de qué lugar, pudieran estudiar. Celaena una vez había soñado que habitaba en las legendarias torres de color crema de la Torre, caminaba por las calles estrechas de Antica y vería las maravillas traídas de tierras que nunca había oído hablar. Pero eso fue hace una eternidad. De una persona diferente.

Ahora no, desde luego. Y si Yrene se quedaba en esta ciudad abandonada por los dioses, los demás estaban obligados a intentar atacarla otra vez. Así que aquí estaba Celaena, maldiciendo a su propia conciencia por ser tan tonta cuando estaba de pie en el brumoso callejón detrás de la posada.

Los cuerpos de los tres mercenarios todavía estaban ahí, y Celaena captó el disgusto de Yrene ante el sonido de patas corriendo y chillidos suaves. Las ratas no habían perdido tiempo.

Celaena agarró la muñeca de la muchacha y levantó su mano.

—La gente —los hombres— generalmente no cazan a las mujeres que parece que van a presentar una lucha. Te escogerán porque pareces fuera de guardia o vulnerable o porque eres simpática. Por lo general, van a tratar de llevarte donde no tengan que preocuparse por ser interrumpido.

Los ojos de Yrene estaban muy abiertos, con el rostro pálido a la luz de la antorcha que Celaena había dejado caer a las afueras de la puerta de atrás. Indefensa. ¿Qué se sentía el ser incapaz de defenderse a sí misma? Un escalofrío que no tenía nada que ver con las ratas royendo a los mercenarios muertos pasó por ella.

—No dejes que te muevan a otro lugar —continuó Celaena, recitando las lecciones que Ben, el Segundo de Arobyn, una vez le había enseñado. Había aprendido la defensa propia antes de que hubiera aprendido a alguna vez a atacar a alguien y luchar primero sin armas, también.

“Lucha lo suficiente para convencerlos de que no vale la pena. Y haz tanto ruido como puedas. En un tugurio como este, sin embargo, apuesto a que nadie le importaría venir a ayudarte. Pero todavía deberías empezar a gritar sobre un incendio —no violación, no robo, no algo de lo cual los cobardes prefieran ocultarse. Y si gritando no los desalientas, hay algunos trucos para engañarlos.

“Algunos podrían hacerlos caer como una piedra, algunos los podrían desactivar temporalmente, pero tan pronto como te suelten, tu *mayor* prioridad es escapar del infierno. ¿Entiendes? Te dejan ir, *corres*.

Yrene asintió, todavía con los ojos grandes. Ella seguía así cuando Celaena le tomó la mano y la llevó hacia la gubia de sus ojos, mostrándole cómo empujar sus pulgares en la esquina de los ojos de alguien, doblando sus pulgares contra los globos oculares, y -bueno, Celaena realmente no podía terminar esa parte, ya que le gustaban muchísimo sus propios globos oculares. Pero Yrene lo comprendió después de un par de veces, y lo hizo perfectamente cuando Celaena la agarró por la espalda una y otra vez.

Luego le mostró la palmada contra el oído, después cómo pellizcar el interior del muslo de un hombre lo suficientemente duro como para gritar, dónde pisar la parte más delicada del pie, los puntos blandos dónde era mejor para golpear con el codo (Yrene realmente la golpeó tan fuerte en la garganta que Celaena tuvo náuseas durante un minuto). Y luego le dijo que fuera a la ingle -siempre tratando de atacar hasta la ingle.

34

Y cuando la luna estaba poniéndose, cuando Celaena convenció a Yrene de que podría tener una posibilidad contra un agresor, finalmente se detuvieron. Yrene parecía estar sosteniéndose con un poco de fuera, con la cara enrojecida.

—Si vienen después por dinero —dijo Celaena, moviendo de un tirón la barbilla hacia donde los mercenarios yacían en un montón—, lanza cualquier moneda que tienes lejos de ti y corre por la dirección opuesta. Generalmente estarán tan ocupados persiguiendo el dinero que tendrás una buena oportunidad de escapar.

Yrene asintió con la cabeza.

—Debería... debería enseñarle todo esto a Jessa.

A Celaena no sabía ni le importaba quién era Jessa, pero le dijo:

—Si tienes la oportunidad, enséñaselo a cualquier mujer que tenga tiempo para escuchar.

El silencio cayó entre ellos. Había mucho más que aprender, mucho más que enseñar. Pero el amanecer estaba aproximadamente a dos horas de distancia, y debía volver probablemente a su habitación, aunque solo fuera para hacer las maletas e irse. Vaya, no porque se lo ordenaron o porque encontró su castigo aceptable, pero... lo necesitaba. Ella tenía que ir al Desierto Rojo.

Aunque solo fuera para ver donde el Wyrd planeaba llevarla. Quedándose, huyendo a otra tierra, evitando su suerte... ella no lo iba a hacer. Ella no podía ser como Yrene, un vivo recuerdo de la perdida y empujando sus sueños aparte. No, seguiría al Desierto Rojo y seguiría ese camino, dondequiera que la condujera, por mucho que picara a su orgullo.

Yrene aclaró su garganta.

—¿Has... has tenido que usar alguna vez estas maniobras? No quiero entrometerme. Es decir, no tienes que responder si...

—Las he utilizado, sí, pero no porque estaba en ese tipo de situación. Yo... —ella sabía que no debería decirlo, pero lo hizo—. Normalmente soy quién hace la caza.

Yrene, para su sorpresa, solo asintió con la cabeza, aunque un poco triste. Había tanta ironía, se dio cuenta, en ellas trabajando juntas —la asesina y la curandera. Dos lados opuestos de la misma moneda.

Yrene envolvió sus brazos alrededor de ella.

—¿Cómo puedo pagarte por...?

Pero Celaena levantó una mano. El callejón estaba vacío, pero ella podía sentirlo, podía oír el cambio en la niebla, en las ratas corriendo. Bolsillos de tranquilidad.

Se encontró con la mirada de Yrene y fijó sus ojos hacia la puerta trasera, una orden silenciosa. Yrene estaba blanca y tesa. Era una cosa practicar, pero al poner las lecciones en acción, usarlas... Yrene era más de una responsabilidad. Celaena sacudió su barbilla a la puerta, una orden ahora.

Habían al menos cinco hombres –dos en cada extremo del callejón que convergía entre ellas y uno más montando guardia en el extremo más ajetreado de la calle.

Yrene fue a través de la puerta de atrás cuando Celaena desenvainó su espada.

Capítulo 5

En la oscura cocina, Yrene se inclinó contra la puerta trasera, una mano en el corazón martilleando mientras escuchaba el tumulto de afuera. Ante, la chica tenía el elemento sorpresa -pero ¿cómo los podría enfrentar otra vez?

Sus manos temblaron cuando el sonido del choque de cuchillas y los gritos se filtraron a través de la grieta debajo de la puerta. Ruidos, gruñidos guturales. ¿Qué pasaba?

No podía estar parada sin saber lo que estaba ocurriendo con la joven.

Iba contra cada uno de sus instintos para abrir la puerta trasera y **37** miró hacia fuera.

Su aliento quedó atrapado en la garganta a la vista:

El mercenario que había escapado anteriormente había regresado con más amigos -amigos más expertos. Dos estaban boca abajo sobre los adoquines, charcos de sangre a su alrededor. Pero los tres restantes se dedicaban a la joven, que estaba -estaba...

Dioses, se movía como el viento negro, tal gracia letal, y-

Una mano se cerró sobre la boca de Yrene cuando alguien la agarró por detrás y presionó algo frío y fuerte contra la garganta. Había otro hombre; entró a través de la posada.

-Camina -respiró en su oído, su voz áspera y extranjera. No lo podía ver, no podía decir nada de él más allá de la dureza de su cuerpo, el hedor de su ropa, el rasguño de una barba pesada sobre su mejilla. Abrió de forma violenta la puerta y, todavía sosteniendo la daga contra el cuello de Yrene, anduvo a zancadas en el callejón.

La joven dejó de luchar. Otro mercenario había caído, y los otros dos antes que ella tenían sus hojas apuntando en su dirección.

—Suelta tus armas —dijo el hombre. Yrene habría sacudido la cabeza, pero la daga estaba presionada tan cerca que cualquier movimiento habría hecho que se degollara ella misma.

La joven observó a los hombres, entonces al captor de Yrene, luego a la propia Yrene. Tranquila —absolutamente tranquila y fría cuando ella desnudó sus dientes en una sonrisa salvaje.

—Ven y consíguelas.

El estómago de Yrene cayó. El hombre solo tenía que girar su muñeca y derramaría la sangre de su vida. No estaba dispuesta a morir —no ahora, no en Innish.

Su captor se rio entre dientes.

—Palabras audaces y tontas, muchacha —empujó la hoja más e **38**
Yrene se contrajo. Sentía la humedad de su sangre antes de que se diera cuenta de que se había cortado una línea delgada en su cuello. Silba la salvaría.

Pero los ojos de la muchacha estaban en Yrene, y reducidos ligeramente. En desafío, en una orden. *Defiéndete*, parecía decir. *Lucha por tu miserable vida*.

Los dos hombres con las espadas dieron vueltas más cerca, pero ella no bajó su hoja.

—Suelta tus armas antes de que la deje abierta —gruñó el captor de Yrene—. Una vez que terminemos de hacerte pagar lo de nuestros compañeros, por todo el dinero que nos costará sus muertes, tal vez te dejaremos vivir —apretó a Yrene más fuerte, pero la joven solo lo miró. El mercenario silbó—. *Deja caer tus armas*.

Ella no lo hizo.

Dioses, iba a dejar que la mataran, ¿verdad?

Yrene no podía morir así –no aquí, no como una camarera sin nombre en este horrible lugar. No moriría así. Su madre se había sacrificado –su madre había *luchado* por ella, había matado a ese soldado para que Yrene pudiera tener una oportunidad de huir, de hacer algo de su vida. Para hacer algo bueno para el mundo.

Ella no moriría como esto.

La rabia la golpeó, por lo que asombrosamente Yrene apenas podía ver a través de ella, no podía ver nada, excepto un año en Innish, un futuro más allá de su alcance, y una vida a la cual no estaba dispuesta a desprenderse.

No dio ninguna advertencia antes de que lo pisoteara hacia abajo con tanta fuerza como podía en el puente del pie del hombre. Él saltó hacia atrás, aullando, pero Yrene subió sus brazos, empujando la daga de su garganta con una mano mientras conducía su codo a su intestino. Lo condujo con cada pedacito de rabia que quemaba en ella. Él gimió cuando se dobló, y ella lo golpeó con su codo en la sien, igual que la joven le había mostrado.

El hombre cayó de rodillas e Yrene se volteó. Para correr, para pedir ayuda, ella no lo sabía.

Pero la muchacha ya estaba parada frente suyo, sonriendo ampliamente. Detrás de ella, los dos hombres yacían inmóviles. Y el hombre de rodillas –

Yrene se escabulló cuando la joven agarró al hombre jadeando y lo arrastró a la oscura niebla más allá. Hubo un grito ahogado, luego un golpe.

Y a pesar de su sangre de curandera, a pesar del estómago que había heredado, Yrene apenas dio dos pasos antes de que vomitara.

Cuando terminó, se encontró a la joven viéndola, sonriendo débilmente.

— Aprendes rápido — dijo. Sus ropas finas, incluso su broche rubí oscuro brillante, estaban cubiertos de sangre. No la suya, observó Yrene con cierto alivio —. ¿Seguro que quieres ser una curandera?

Yrene limpió su boca con la esquina de su delantal. No quería saber cuál era la alternativa —lo que podía ser esta chica. No, todo lo que quería era una bofetada. Dura.

— ¡Podrías haberlos eliminado sin mí! ¡Pero dejaste que el hombre pusiera un cuchillo en mi garganta —*lo dejaste!* ¿Estás loca?

La chica sonrió de tal manera que decía que sí, que seguramente estaba loca. Pero dijo:

— Esos hombres eran una broma. Quería darte alguna experiencia real en un ambiente controlado.

— ¿Llamas a eso *controlado*? — Yrene no pudo evitar gritar. Puso una mano en el corte ya coagulado de su cuello. Se curaría rápidamente, pero podía dejar una cicatriz. Tendría que revisarlo inmediatamente. 40

— Míralo de esta manera, Yrene Towers: ahora ya sabes que puedes hacerlo. Ese hombre era dos veces tu peso y tenía casi un pie sobre ti, y le derribaste en unos latidos del corazón.

— Tú dijiste que esos hombres eran una broma.

Una sonrisa diabólica.

— Para mí, lo son.

La sangre de Yrene se congeló.

— Yo —ya tuve suficiente de hoy. Creo que necesito ir a la cama.

La muchacha dibujó un arco.

— Y yo probablemente debería seguir mi camino. Consejo: lava la sangre de tu ropa y no le digas a nadie lo que viste esta noche. Estos hombres podrían tener más amigos, y en cuanto a mí respecta, son las

desafortunadas víctimas de un robo horrible — sostuvo una bolsa de cuero cargada de monedas y caminó con Yrene a la posada.

Yrene echó un vistazo a los cuerpos, sentía un peso caído en su estómago, y siguió a la chica dentro. Todavía estaba furiosa con ella, todavía temblaba con los restos de terror y desesperación.

Así que no le dijo adiós a la mortífera muchacha cuando desapareció.

Capítulo 6

Yrene hizo lo que la joven le dijo y se cambió a otro vestido y delantal antes de ir a la cocina a lavar la sangre de su ropa. Sus manos temblaban tanto que tardó más de lo habitual para lavar la ropa, y cuando terminó, la pálida luz del amanecer se arrastraba a través de la ventana de la cocina.

Se tenía que levantar en... bueno, ahora. Gimiendo, anduvo con dificultad por su habitación para colgar la ropa mojada para que se seca. Si alguien veía su ropa secándose, solo levantaría sospechas. Se suponía que tendría que ser quien pretendiera encontrar los cuerpos, también Dioses, que desastre.

Estremeciéndose al pensar en el largo día por delante de ella, tratando de dar sentido a la noche que acababa de tener, Yrene entró en su cuarto y cerró la puerta con suavidad. Incluso si le decía a alguien, probablemente no le creerían.

No fue hasta que hizo colgar la ropa en los ganchos incrustados en la pared que observó la funda de cuero en la cama, y la nota fijada debajo de ella.

Sabía lo que había en su interior, podría adivinarlo fácilmente basándose en las masas y los bordes. Su aliento estaba atrapado en su garganta cuando sacó la nota.

Allí, en letra elegante y femenina, la joven había escrito:

*Para donde necesites ir, y más cosas. El mundo
necesita más curanderas.*

Sin nombre, sin fecha. Mirando el papel, ella casi podría imaginar la sonrisa salvaje de la muchacha y el desafío en sus ojos. Esta nota, en todo caso, era un desafío -la desafiaba.

Sus manos temblando nuevamente, Yrene arrojó el contenido de la bolsa.

El montón de monedas de oro tembló, e Yrene asombrada se echó atrás, cayendo en la silla desvencijada a través de la cama. Parpadeó y parpadeó otra vez.

No solo oro, sino también el broche de la chica que había estado usando, su enorme rubí ardiendo en la luz de las velas.

Una mano a su boca, Yrene contempló la puerta, el techo, y de vuelta a la pequeña fortuna sentada en su cama. Miraba y miraba y miraba.

Los dioses habían desaparecido, su madre había afirmado una vez. Pero ¿lo hicieron? ¿Había sido algún dios que la había visitado esa noche, vestida en la piel de una joven mujer maltratada? ¿O habían sido simplemente susurros lejanos que incitaron a la forastera a andar por ese callejón? Ella nunca lo sabría, lo suponía. Y quizás ese era el punto.

Para donde necesites ir...

Dioses o destino o pura coincidencia y bondad, fue un regalo. Esto era un regalo. El mundo estaba abierto de par en par -abierto de par en par y suyo para tomarlo, si se atrevía. Podía ir a Antica, asistir a la Torre Cesme, donde deseaba ir.

Si se atrevía.

Yrene sonrió.

Una hora más tarde, nadie detuvo a Yrene Towers cuando salió del Cerdo Blanco y nunca miró hacia atrás.

Lavada y vestida con una túnica nueva, Celaena abordó la nave una hora antes del amanecer. Era su propia maldita culpa que la hizo sentir mareada y hueca después de una noche sin descanso. Pero podría dormir hoy —dormir el viaje entero a través del Golfo de Oro a la Tierra Desierta. Debería dormir, porque una vez que aterrizará en Yurpa, tenía un viaje difícil a través de la playa abrasadora, mortal —una semana, al menos, a través del desierto antes de alcanzar al Maestro Mudo y su fortaleza de Asesinos Silenciosos.

El capitán no hizo preguntas cuando presionó una pieza de plata en la palma de su mano y se fue bajo cubierta, siguiendo sus indicaciones para encontrar su camarote. Con la capucha y las cuchillas, sabía que ninguno de los marineros la molestaría. Y mientras que ahora tenía que ser cuidadosa con el dinero que le quedaba, ella sabía que entregaría otra pieza de plata o dos antes de que el viaje se hiciera.

Suspirando, Celaena entró en su camarote —pequeño pero limpio, con una pequeña ventana que daba al amanecer gris en la bahía. Cerró con llave la puerta detrás de ella y cayó en la cama diminuta. Había visto bastante de Innish; no era necesario molestar en mirar la salida.

Había estado en la salida de la posada cuando había pasado por ese horrorosamente armario pequeño que Yrene llamó su dormitorio. Mientras Yrene atendía su brazo, Celaena se había sorprendido por las condiciones de hacinamiento, el mobiliario desvencijado, las mantas demasiado delgadas. Había planeado dejar algunas monedas para Yrene de todos modos —aunque solo porque estaba convencida de que el posadero había a Yrene pagar esos vendajes.

Pero Celaena se había parado delante de la puerta de madera del dormitorio, escuchando a Yrene lavar su ropa en la cocina cercana. Se encontró incapaz de apartarse, incapaz de dejar de pensar en la curandera aspirante con el pelo marrón dorado y ojos de caramelo, de lo que había perdido Yrene y lo indefensa que se encontraba. Había tantos de ellos ahora —los niños que habían perdido todo ante Adarlan. Los niños que se

habían convertido ahora en asesinos y camareras, sin un verdadero lugar para llamar casa, sus reinos natales dejados en ruina y ceniza.

La magia se había ido todos esos años. Y los dioses estaban muertos, o simplemente no se preocupaban más. Sin embargo, profundo en sus intestinos, había un pequeño pero insistente *tirón*. Un tirón en un hilo de alguna red invisible. Así que Celaena decidió tirar de nuevo, solo para ver cuán largo y ancho las repercusiones irían.

Era una cuestión de momentos para escribir la nota y luego llenaría la mayor parte de la bolsa con sus piezas de oro. Un instante más tarde, la había puesto en la cama hundida de Yrene.

Había añadido el broche de rubíes de Arobynn como un pensamiento de despedida. Se preguntó si a una chica de Fenharrow devastado no le importaría un prendedor con los colores reales de Adarlan. Pero a Celaena le alegró deshacerse de él, y esperó que Yrene empeñara la pieza por la pequeña fortuna que valía la pena. La esperanza de que una joya de una asesina pagara la educación de una curandera.

Así que tal vez eran los dioses trabajando. Tal vez era alguna fuerza más allá de ellas, más allá de la comprensión mortal. O tal vez era solo por lo que nunca sería Celaena.

Yrene todavía estaba lavando su ropa ensangrentada en la cocina cuando Celaena se deslizó fuera de su habitación, entonces fue al final del pasillo y dejó el Cерdo Blanco.

Cuando anduvo con paso majestuoso por las calles brumosas hacia los muelles destalados, Celaena había rezado que Yrene Towers no fuera tan tonta como para decirle a cualquiera –sobre todo al posadero– sobre el dinero. Rezó para que Yrene Towers agarrara su vida con ambas manos y saliera para la pálida ciudad apedreada de Antica. Rezó para que de alguna manera, dentro de unos años, Yrene Towers volviera a este continente, y tal vez, solo tal vez, sanara el mundo destrozado de a poco.

Sonriendo para sí misma en los confines de su cabina, Celaena se acurrucó en la cama, tiró su capucha sobre sus ojos y cruzó sus tobillos. En el momento en que la nave zarpó a través del golfo verde jade, la asesina dormía profundamente.

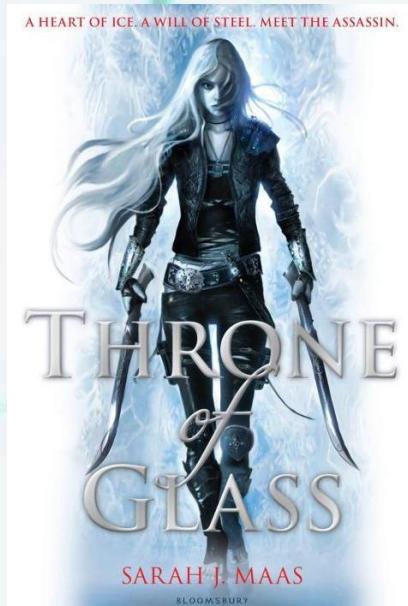


SOBRE LA AUTORA



Sarah J. Maas conquistó a miles de lectores la primera vez que compartió con el público Trono de Cristal en FictionPress, cuando solo tenía 16 años. Tras recibir más de 200 críticas positivas y contar con más de 4.000 fans en Facebook, por fin llega la novela en papel. Un libro que, antes de salir, cuenta ya con miles de seguidores.

¡No dejes de leer la Saga de Trono de Cristal!



TRONO DE CRISTAL (#01)

Bella. Letal. Destinada a la grandeza.

El reino ha convocado a una asesina. Todos le temen. Dos hombres la aman. Y solo ella puede salvarse a sí misma.

El Reino de Endovier ha perdido su esplendor sometido por un rey que gobierna desde su trono de cristal. La única esperanza del reino recae en una joven asesina que ha sido llamada a palacio. Pero la intención de la joven no es matar; la asesina más dura del reino ha acudido para conquistar su libertad.

Un corazón de hielo. Una voluntad de hierro.

Conoce a la asesina Celaena Sardothien.

48

LA HOJA DEL ASESINO (#0.5)

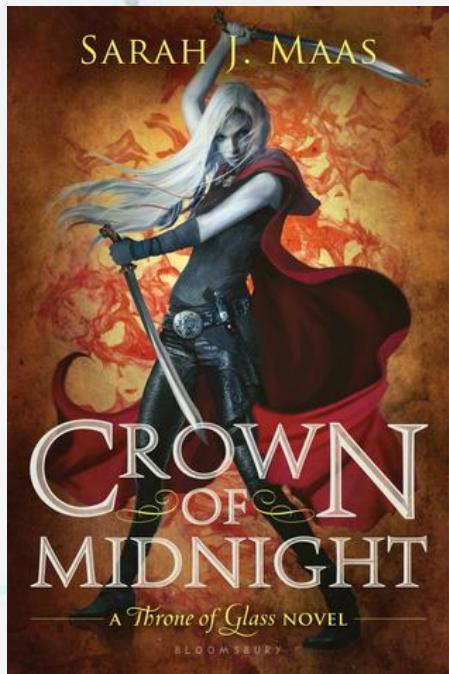
Celaena Sardothien es la asesina más temida de Adarlan. Como parte del gremio de asesinos, su lealtad es hacia su maestro, Arobynn Hamel, aunque Celaena escucha a nadie y confía solo en su compañero asesino a sueldo, Sam. En estas novelas llenas de acción -junto a una edición por primera vez- Celaena se embarca en cinco misiones arriesgadas. Pero actúa contra las órdenes de Arobynn y podría sufrir un castigo inimaginable por tal traición. ¿Celaena será verdaderamente libre? Explora el oscuro submundo de esta heroína sensacional para averiguarlo.

Las novelas presentes en esta edición son:

- La Asesina y el Señor de los Pirata (#0.1)
- La Asesina y la Curandera (#0.2)
- La Asesina en el Desierto (#0.3)
- La Asesina en el Submundo (#0.4)
- La Asesina en el Imperio (#0.5)



Trono de Cristal 0.2



CORONA DE MEDIANOCHE (#02)

Antes era letal. Ahora es invencible.

Una joven y famosa asesina condenada a muerte es liberada de las minas de sal en donde sirve condena a condición de competir en un torneo en el que se seleccionará al paladín oficial del rey. Se ha tenido que enfrentar a ladrones, asesinos profesionales y guerreros de todo el imperio y no solo ha salido con vida, sino que ha resultado la ganadora del certamen. Ahora Celaena deberá servir al rey durante tres años antes de ganar su libertad.

Pero Celaena no puede aceptar sumisamente las macabras órdenes del monarca del Reino de Endovier y deberá poner en riesgo todo aquello que ha aprendido a querer: al atractivo capitán de la guardia y al propio príncipe. Ella es la única esperanza del reino y le tocará definir a qué le debe lealtad y aquello por lo que está más dispuesta a luchar.

querer: al atractivo capitán de la guardia y al propio príncipe. Ella es la única esperanza del reino y le tocará definir a qué le debe lealtad y aquello por lo que está más dispuesta a luchar.

49

HEREDERA DE FUEGO (#0.3)

¿Reina o traidora? Solo ella puede decidirlo.

Perdida y rota, el único pensamiento que tiene Celaena Sardothien es vengar la muerte de su querida amiga. Como asesina del rey de Adarlan, ella está atada a servir al tirano, pero él tiene que pagar por lo que hizo. Su única esperanza de acabar con el rey está en las respuestas en Wendlyn. Sacrificando su futuro, el capitán de la guardia real, Chaol la protegerá pero sus demonios más oscuros se encuentran en el mismo lugar. Si ella los supera, puede convertirse en la mayor amenaza para Adarlan y su más dura enemiga. Ella averigua su verdadero destino, los ojos de Erilea están puestos en Wendlyn. Una bestial y brutal fuerza está preparada para tomar los cielos. ¿Encontrará las fuerzas no solo para ganar sus batallas sino para luchar en una guerra que puede poner en peligro las lealtades a su gente contra aquellos que empieza a amar?



Esta traducción fue hecha por la página

Trono de Cristal  por fans y para fans.

¡Ojalá hayan disfrutado del texto y a

esperar el próximo año para la cuarta

entrega de esta maravillosa saga! (:

50

Trono de Cristal 0.2